

Los hijos del vacío: manifestaciones literarias en El Alto dentro del contexto boliviano

Luis Raimundo Quispe Flores¹
Carrera de Literatura UMSA
Correo electrónico: rataplan333@gmail.com
ORCID: 0009-0003-4009-8444

Resumen

En el presente texto se realiza un análisis de la evolución y el posible lugar de las manifestaciones literarias en la ciudad de El Alto dentro de la literatura boliviana. Dicho análisis se lleva a cabo tomando en cuenta trabajos previos, pero se fundamenta principalmente en las nociones de vacío y orfandad identitaria. Este trabajo sostiene la tesis de que la literatura alteña, tanto en su surgimiento como en su evolución, ha sido influida por un vacío cultural que generó un estado de orfandad. Este estado, asumido de distintas maneras por sus creadores, posibilitó el surgimiento de una literatura con características propias y distintivas que la diferencian de la literatura nacional, especialmente en lo que a la temática de lo indígena se refiere. La literatura alteña es pionera en la reflexión post-ideológica del pasado indígena para proyectar un futuro cultural.

1 Nació en El Alto (1983) escritor y panadero boliviano, egresado de la Carrera de Literatura de la UMSA, sus temas son la compleja realidad urbana y social de El Alto, donde reside y ejerce su oficio. Su experiencia personal, marcada por su participación y heridas durante la Guerra del Gas en 2003, impregna su obra con un tono testimonial y crudo. Es autor de las novelas *La Equis* (2019) y *Ciudad Apacheta* (2023), tiene contribuciones en diferentes publicaciones de ficción y académicas. Su doble faceta como intelectual y obrero le confiere una perspectiva única y auténtica en el panorama literario boliviano. El Alto La Paz, Bolivia.

Palabras clave: Literatura alteña, Vacío, Orfandad, Identidad cultural, Crispín Portugal, Yerba Mala Cartonera, Sobras Selectas, Indigenismo.

The heirs of the void: literary manifestations in El Alto in the bolivian context

Abstract

This text analyzes the evolution and possible place of literary expressions in the city of El Alto within Bolivian literature. This analysis takes into account previous works but is primarily based on the notions of emptiness and identity orphanhood. This work argues that the literature of El Alto, both in its emergence and evolution, has been influenced by a cultural void that generated a state of orphanhood. This state, experienced in different ways by its creators, enabled the emergence of a literature with its own distinctive characteristics that differentiate it from national literature, especially with regard to indigenous themes. The literature of El Alto is a pioneer in the post-ideological reflection on the indigenous past to project a cultural future.

Keywords: Literature of the highlands, Emptiness, Orphanhood, Cultural identity, Crispín Portugal, Yerba Mala Cartonera, Selected Leftovers, Indigenism.

Fecha de recepción: 22 de septiembre de 2025

Fecha de aceptación: 16 de octubre de 2025

Introducción

Pasaron ya más de 200 años de la fundación de nuestro país y en ese devenir histórico hubo cambios inesperados, tal y como es la existencia de una ciudad que nadie, o casi nadie, imaginaba que pudiera fundarse y crecer al

punto de superar a buena parte de otras ciudades bolivianas con centurias de existencia. La materialización y crecimiento de esta ciudad, la ciudad de El Alto, ha sido estudiada y reflexionada en muchos aspectos, en especial en lo económico, lo sociológico, lo político y también en lo cultural. Es en este último aspecto donde se puede encuadrar el presente texto, ya que en estas páginas se pretende analizar una de las manifestaciones culturales alteñas como es la literatura.

Creo necesario llevar a cabo el análisis propuesto por varias razones. Primero, porque en los últimos años se ha dado un incremento sustancial en cuanto a las manifestaciones literarias en esta ciudad; han surgido editoriales, autores y obras que por su número y diversidad merecen ser analizadas en conjunto. En segundo lugar, veo necesario estudiar el surgimiento y desarrollo de las manifestaciones mencionadas, pues he notado que, si bien existen otros trabajos que abordan la literatura alteña, no he hallado un análisis que intente una visión general y panorámica de esta producción ni su lugar real o posible en cuanto a la literatura nacional. Como tercer motivo, debo mencionar uno personal, y es que, como un nativo, habitante, escritor, obrero y vecino de esta ciudad, tengo una comprometida relación con la misma, lo que hace que tenga un genuino interés en todo lo que le concierne a ella.

Literatura alteña ¿Literatura marginal?

¿Qué se ha dicho sobre la literatura de El Alto? La respuesta a esta pregunta puede resumirse en una sola palabra: Marginalidad. Es decir que la literatura alteña es una literatura predominantemente marginal.

Como ejemplos de esta visión podemos mencionar la página de Wikipedia dedicada a la ciudad de El Alto donde, tácitamente, se dice que la literatura alteña “de un modo general está considerada como una literatura marginal”, haciendo esta afirmación con base en lo expresado por el escritor Víctor Hugo Montoya en una larga entrevista dada el año 2013. Esta opinión es compartida por textos más serios que citaré más adelante. Ahora bien, debo decir que, al encontrarme con las consideraciones mencionadas, me di cuenta de que no estaba de acuerdo con esa forma de ver o entender las manifestaciones literarias de mi ciudad. Y no es que esté en un total desacuerdo con esa visión. Lo que pasa en concreto es que creo que la marginalidad como calificativo o “herramienta de lectura” está desactualizada para elaborar un panorama general y actual de las letras alteñas.

Si recordamos, entre las características de la literatura marginal están:

- La existencia de un margen geográfico caracterizado por la pobreza.
- Que los autores de sus obras no son reconocidos ni buscan serlo.
- Que sus producciones no circulan en medios oficiales.
- Que no generan interés económico en editoriales.
- Que hay una tendencia marcada por el reclamo o bien por la resistencia o la lucha social y política en ellas.

Pero hace años que las cosas dejaron de ser así, casi por completo, por lo que se puede afirmar que la categoría “marginal” es pertinente solo para una pequeña parte (la inicial) de las producciones literarias alteñas. Esto sucede porque tanto esta ciudad ha cambiado, como sus autores y sus obras.

La ciudad de El Alto ya no es una ciudad dormitorio, ha crecido al punto de (como lo menciona el escritor y periodista peruano Marco Avilés) “convertirse en la capital no oficial de Bolivia... desplazando en interés a ciudades como La Paz y Santa Cruz”. El cambio también está en sus autores y sus obras, pues estos son leídos en universidades extranjeras, reciben atención no solo por todos los medios de prensa nacionales, sino también internacionales, como el periódico *El País* de España. Por otro lado, las producciones de los autores alteños, además de ser publicadas por varios sellos editoriales, han ganado premios, son leídas por la academia y al mismo tiempo gozan de presencia en los colegios fiscales y particulares.

Considerando esta desactualización de la literatura alteña y la marginalidad es que decidí no elegir la “herramienta de lectura” de la marginalidad para la elaboración del análisis propuesto en este texto y, acudiendo a las licencias que me permite la crítica literaria y la misma palabra escrita, decidí usar la orfandad (un estado, consecuencia y/o metáfora del vacío identitario) como herramienta para leer y analizar las manifestaciones literarias de mi ciudad. La valía y justificación de esta decisión la iré desarrollando junto al análisis propuesto, tomando en cuenta otros textos que hablan de la literatura alteña, incluso aquellos que se enfocan en la marginalidad, pues, como ya señalé, no estoy en total desacuerdo con esa visión... después de todo la orfandad es un tipo de marginalidad y viceversa.

Vacío y orfandad

Muchas de las capitales bolivianas, como la ciudad de La Paz, por el proceso de colonización, crecieron debatiéndose entre la herencia de los conquistadores y la herencia de los migrantes originarios. En esta tensión, sin embargo, tuvieron una mejor posición “gracias a” la herencia de los foráneos, ya que ellos, además de poder, tenían una heredad cultural más desarrollada que se imponía a la heredad originaria, la cual, además de no haber tenido un desarrollo equiparable, quedó prácticamente trunca en su evolución.

Esta situación sin duda afectó a la identidad de los conquistados y sus descendientes, pues, si tomamos en cuenta lo que dice Manuel Maldonado Alemán respecto a la relación entre memoria e identidad, la memoria desempeña una incuestionable importancia en la constitución de la identidad, misma que se forma y se construye mediante el recuerdo, y esto aplica tanto a un individuo como a una sociedad. Podemos así entender claramente lo que habían hecho los conquistadores cuando llegaron, pues generaron una ruptura entre el indígena y su pasado, un vacío identitario reforzado a diario por una “pérdida de memoria fortuita”, la que desde el momento de la conquista no hizo más que acrecentarse. Esta desconexión forzosa jugó un papel importante, puesto que los colonizadores se aprovecharon apenas notaron que la memoria de nuestros antepasados indígenas (su historia, creencias, valores e ideas) se movía por la oralidad, sin un sustento material que garantizara su perpetuidad.

Así pues, podría decirse que los descendientes indígenas de ciudades como La Paz vivían en un estado de orfandad cultural, esto al haber perdido a sus padres y su heredad: quedaron bajo el cuidado y dominio de un padrastro cultural que primero fue el conquistador, luego el criollo y después la élite blanqueada gobernante.

La Paz y su “imprevista hermana menor”

La Paz y El Alto, por su extrema cercanía, podría pensarse que ambas ciudades son parecidas o iguales en su identidad, pero eso no es así; son diferentes, y esto se debe esencialmente a sus distintos orígenes.

Como ya mencioné, La Paz fue fundada por conquistadores españoles, y este origen determinó su crecimiento, pues el foráneo, luego de vencer, se instaló en la plaza central o plaza de armas, lugar desde el cual

dominó todo el desarrollo económico y cultural de La Paz y sus periferias, habitadas mayormente por migrantes indígenas.

La ciudad de El Alto, en cambio, no fue fundada por colonos españoles o por criollos; fue orquestada por los descendientes directos de los indígenas. Esta situación generó que esta no tuviera un centro cultural tan definido y hegemónico. Es cierto que había una alcaldía y un centro económico (como es el área denominada La Ceja), pero estos lugares no tenían ni tienen la significancia de las plazas de armas o cascos viejos que tienen ciudades como La Paz.

Así pues, esta condición de falta de un centro cultural e identitario permitió que los habitantes de El Alto, volviendo a la metáfora de la orfandad, tuvieran una identidad y desarrollo distinto, pues el padrastrero metafórico antes mencionado no le dio importancia a esta nueva tierra huérfana. No participó en su nacimiento ni la acompañó en sus primeros años; no quería habitar sus alturas por la falta de perspectivas económicas, por la miseria, por el clima o simplemente por la estigmatización de su población indígena. El nacimiento de esta ciudad mayormente aymara tenía, pues, un carácter de doble orfandad, pues a la desconexión con sus antepasados se sumaba la ausencia del padrastrero. Así nació esta ciudad, así se tiraban en su suelo árido las semillas de sus manifestaciones artísticas y literarias.

El cholet, el *Wayna rap* y la pre-literatura

Conforme los años pasaron, la ciudad de El Alto fue creciendo en tamaño, en economía y también en cultura. Aún no existiría una literatura como tal, pero sí otras manifestaciones artísticas con las que tendría coincidencias. De entre estas podemos destacar los llamados *cholets* y el *rap en aymara*, como lo haría luego la literatura.

Estas manifestaciones supieron aprovechar la doble orfandad antes descrita: vieron el espacio vacío que no quiso ocupar el padrastrero cultural y decidieron llenarlo. El huérfano, que era el alteño, al verse “libre” de su padrastrero, miró hacia la tumba de sus padres, decidió volver hacia ellos, revivirlos de alguna manera aprovechando lo poco que le quedaba de su legado y memoria.

Así pues, en los *cholets* que se construían, había una fuerte presencia de los colores de los aguayos y de formas que recordaban al pasado Tiwanacota y a la cruz andina. Manifestaciones que iban evolucionando con

cada nueva construcción que se levantaba. Lo indígena estaba no solo en la apariencia de estos edificios, sino en su funcionalidad, tal y como lo menciona el jurista y filósofo Boris Bernal que, en una nota del diario argentino *La Nación*, dice:

La *Uta* (casa, en idioma aymara) no puede estar estática o muerta, tiene vida, debe bailar, moverse entre la comunidad, servir a los suyos, generando interés y acumulación de capital para toda comunidad. (Bernal, citado en *La Nación*, 2015)

Cabe señalar que la reivindicación de lo indígena en estas construcciones no solo respondía a una conciencia cultural, sino que se manifestaba con una voluntad claramente revolucionaria y transgresora. Así lo expresa Freddy Mamani, uno de los arquitectos dedicados a construir cholets, quien afirma: “Yo he roto los viejos cánones arquitectónicos y, sí, soy un transgresor” (*La Nación*, 2015).

En lo que respecta al *Wayna rap* (rap en aymara), puedo casi limitarme a parafrasear lo que Cleverth Cárdenas, docente de la Carrera de Literatura de la UMSA, expone en un artículo dedicado a este tema. En dicho texto, además de abordar los orígenes del movimiento, señala que es a través de esta música que los jóvenes alteños se involucran en la construcción identitaria y en la lucha por generar sus propios significados, denunciando también la discriminación que sufren por parte de la sociedad dominante y del mismo Estado. Su labor poética, sin embargo, apuesta por la reconstrucción de lo “boliviano” desde sus propias raíces, en este caso aymarás. En ese mismo artículo, el autor analiza varias de las letras producidas por los “waynaraperos” reconociendo en ellas un carácter literario —específicamente marginal—, al considerar que “estas poéticas denotan la perspectiva cuestionadora y creativa que se suele considerar dominio de la literatura” (Cárdenas 2007).

El retraso de la literatura

Como ya dijimos, la literatura alteña se retrasó en cuanto a generar productos, y esto puede tener explicación en varios motivos.

- La primera razón que yo identifico estaría en la naturaleza más oral de los aymaras que, recién migrados, con un nivel de educación escolar bajo, estaban más ocupados en pagar deudas y en comprar alimentos para sus familias. Eso genera una especie de inexistencia de mercado para la palabra escrita y para la palabra literaria específicamente.
- La segunda razón para el retraso mencionado, según mi percepción, podría estar relacionada con la primera, es decir, la falta de oferta académica. Y no es que no hubiera gente que leyera o que no hubiera lugares donde comprar libros, sino que acontecía lo siguiente: la mayoría de los habitantes, como ya se dijo, apenas tenía educación primaria, y los que iban a acceder a la educación secundaria y universitaria eran aún muy jóvenes.
- Como último motivo para el retraso de las letras alteñas, podemos mencionar a la falta de movimientos literarios propios, es decir, de personas o grupos de personas que además de escribir quisieran hacerlo reflexionando la necesidad, la naturaleza y el propósito de una literatura alteña.

El problema de la oferta y el mercado se iría resolviendo por sí mismo, de a poco, conforme los alteños iban creciendo en número, edad y nivel educativo (gracias a los institutos y hasta universidades que iban surgiendo), pues en pocos años ya había mucha más gente que leía.

La resolución de estas primeras causas para la demora en la aparición de la literatura alteña alcanzó un hito claro con la fundación de la Universidad Pública de El Alto (UPEA). En torno a la aparición de esta universidad se darían los primeros productos de un género que, si bien no era enteramente literario, significaba un avance: hablamos pues de la aparición del ensayo político que, al igual que los cholets o el rap en *aymara*, estaba influido por un espíritu de lucha, de orgullo y reivindicación del pasado indígena.

Surge la yerba mala

En cuanto a la falta de movimientos literarios propios, se puede decir que tal problemática comenzó a resolverse gracias a la intervención de un espacio cultural como fue Wayna Tambo y uno de sus proyectos, “Los Nadies”, un grupo de poetas que en sus escritos generaron una literatura reflexiva.

Luego de ello vino Yerba Mala Cartonera. Esta editorial, conformada por escritores alteños, notó el vacío en cuanto a literatura y decidió hacer algo al respecto. Fundaron un sello editorial que, en sus propósitos y en su desarrollo, tomaba en cuenta la naturaleza de su ciudad. Esta editorial identificó que uno de los motivos para la ausencia de una cultura lectora en los alteños era la pobreza, es decir, el alto costo de los libros. Por ello, decidieron elaborar publicaciones con materiales reciclables, baratos y, por lo tanto, accesibles al grueso de la ciudadanía de El Alto. Por otro lado, decidieron también dar prioridad a los escritores alteños para ser publicados, ya que veían que las editoriales prestigiosas no tenían interés en publicar a los escritores aymaras urbanos. Querían hacer esto porque entendían que el aymara, su ciudad y su cultura en proceso de desarrollo, tenía mucho que decir, recogiendo el espíritu de una frase que está escrita en un llamativo cartel y que a la letra dice: “Para Bolivia El Alto no es un problema, es una solución” (sic.).

Portugal y la reinención de lo indígena

Más allá de los propósitos de la editorial estaban los de sus fundadores, propósitos más profundos y elaborados. Destaca, pues, el principal promotor de este proyecto, el ya fallecido Crispín Portugal.

Como señala María Irina Soto-Mejía —en su artículo “‘Almha LaVengadora’: Protagonista del indigenismo de neovanguardia alteño”—, Crispín Portugal halló el norte de su proyecto literario influenciado por sus estudios universitarios y su afición por el escritor peruano Gamaliel Churata.

Soto-Mejía cita además a Elizabeth Monasterios, quien señala que Portugal, durante sus estudios en la Carrera de Literatura de la Universidad Mayor de San Andrés, se encontró con el trabajo del Grupo Orkopata y quedó marcado por la propuesta del despertar a lo oscuro que proponía la obra de Gamaliel Churata. Ese despertar se explica, según Usandizaga, en el entendimiento que tenía Churata del pasado indígena como:

pasado fecundador [...], permanencia de un proyecto histórico específico” porque “[en] los indios muertos [se] busca a los vivos, y en los indios antiguos a los nuevos. (Usandizaga, citado en Soto-Mejía, 2015: 249)

Con ese pensamiento, el indio alteño cartonero se lanzó al encuentro de sus raíces aymaras.

Portugal había tomado las ideas de Churata para moldear su proyecto literario, el proyecto literario para su ciudad, uno que se posicionaba en respuesta y casi en oposición a lo que era la literatura occidental. El Alto era el escenario donde la cuestión indígena hallaría su resolución, era (como dice Soto-Mejía al analizar el cuento más representativo de Portugal)

el escenario de fricciones constantes entre visiones de pasado y futuro Al-mha es El Alto que se pregunta ¿hacia dónde avanzar?, ¿hacia el pasado o hacia el futuro? En una ciudad surgida por la promesa incumplida de progreso hecha por el neoliberalismo, ¿qué es retraso y qué es progreso? (Soto-Mejía, 2015)

Tanto la propuesta de Portugal como la de Yerba Mala me parecen fundamentales, pues retoman en cierta manera el espíritu cuestionador y rebelde del *Wayna rap*, siendo que además termina dándole una forma definida a ese “ajayu” (espíritu), haciendo que este no solo sea un clamor, sino también una respuesta con una propuesta elaborada por detrás. Es en este cambio, o evolución, que me parece que la literatura alteña comienza a dejar su carácter marginal; podría decirse (volviendo a la metáfora de la orfandad) que el huérfano que era El Alto le había dado mayor seriedad y definición a su intento de reconectar con sus padres, tal y como lo haría un joven en los primeros años de la segunda década de su vida, la edad aproximada que tenía también la ciudad por entonces.

La Yerba en flor

Yerba Mala Cartonera, Crispín Portugal y su visión literaria habían llegado para remediar el retraso de las letras alteñas, asumieron y confrontaron la orfandad literaria de su ciudad. Esto, por supuesto, marcaría tendencia; habría otros escritores y más productos literarios, entre ellos podemos destacar al otro fundador de Yerba Mala, Darío Luna.

El ensayo político tendiente al indigenismo y las ideologías de izquierda seguirían teniendo una buena posición, pero algo anecdótico que se puede mencionar de los “buenos años” del proyecto de Portugal es que su propuesta parecía llegar incluso de manera inconsciente a otros sitios. Fue muy común ver en esos años cómo, en los colegios y escuelas, niños y jóvenes recitaban enérgicas y conmovedoras poesías en aymara que reivindicaban al indígena como sujeto político y como un ejemplo de ser humano.

Esto no se debía a que las ideas de Portugal se expandieran como polen por el aire, lo que pasaba es que tales ideas coincidían perfectamente con los cambios políticos que sucedieron en los primeros años de este milenio. Aquel tiempo fue el de los pasos constitutivos del primer presidente de sangre indígena, Evo Morales, cuyos discursos y los de su partido tenían también al indígena como centro ideológico, diciendo cosas como que “el indio era una reserva moral del país”.

Esta coincidencia entre la literatura alteña, su sentir y el proyecto político del gobierno, era completamente comprensible, dado que los habitantes de El Alto no solo fueron protagonistas de los conflictos que propiciaron al ascenso del “nuevo gobierno”, sino que también se sentían profundamente identificados con su rostro indígena. Sin embargo, aquella feliz coincidencia no perduraría; el paso del tiempo y el desgaste político terminarían por erosionarla.

Una nueva orfandad

Hasta mediados de la década del 2010 todo fue bien, pero, como sucede con las escobas, el gobierno del primer presidente indígena se desgastó, al punto de arrastrar consigo las ideas de su discurso y a todos los que creían ciegamente en ellas, para revelar verdades incómodas. Con el paso de los años, el gobierno donde dominaban los rostros e ideas indígenas fue poco a poco corrompiéndose, y lentamente, aquello de que los indígenas constituíamos una “reserva moral” se fue cayendo, comprobándose que no éramos muy diferentes a los colonizadores europeos y sus descendientes. Más y más casos de corrupción revelaban que (los indígenas) no éramos más que simples seres humanos susceptibles al error y a la corrupción.

Esta situación se agravó de a poco hasta llegar a un punto insostenible a finales del 2019, para dejarnos una dramática conclusión en la ciudad de El Alto. El gobierno de Evo Morales había caído y sus subalternos, en un intento de dar un vuelco a la situación, decidieron movilizar a los habitantes alteños, esperando que estos tomaran las calles al sentirse tan identificados con el presidente derrocado, tal y como lo hicieron el año 2003, pero aquello no sucedió. Yo mismo puedo dar fe de que solo algunos barrios salieron a bloquear; los políticos habían calculado mal desde hacía mucho antes. Algo había cambiado, había quedado expuesto el hecho de que el indígena no era *per se* más moral o superior al blanco y, habiéndose dado cuenta de ello, los mismos alteños se fueron alejando, quizá sin tener

conciencia, de las ideas (a veces extremas) que sostenían el discurso del derrocado gobierno.

La situación sociopolítica se vio reflejada también en la cultura y, por supuesto, en la literatura. El ejemplo paradigmático de ello sería la misma editorial Yerba Mala. Después de la muerte de su fundador, el año 2007, el espíritu de esta editorial pareció apagarse o cambiar de rumbo, y es que, además de trasladarse a la ciudad de Cochabamba, esta comenzó a depender, quizá sin quererlo, de ONGs y patrocinios gubernamentales, con las complejas consecuencias que esta dependencia implicaba.

Así pues, por su desgaste, la ciudad de El Alto quedó huérfana del primer presidente y de lo que este representaba. Le vino una peor orfandad que la inicial, pues las letras también quedaban huérfanas de su primer escritor auténtico, de su primera editorial real y, en cierto modo, de lo que ambos proponían.

El rebrote

“El *show* debe continuar”, dice la frase, y eso fue precisamente lo que sucedió en la literatura alteña, esta vez a manos de personas y proyectos que ya no dependían de ninguna ideología. Lo exclusivamente indígena, como norte cultural y literario, había caído.

De esto se dieron cuenta varios individuos, entre los cuales podemos señalar, quizá como el primero, a Daniel Averanga. Este escritor, también de la ciudad de El Alto, sin negar la identidad aymara de su ciudad, logró hacer que sus calles fueran el escenario de relatos ficcionales muy elaborados, llegando incluso a ganar el Premio Plurinacional de Novela Marcelo Quiroga Santa Cruz el año 2018 con su novela *La puerta*, una novela del género de terror que se desarrolla en un barrio de esta ciudad.

El aporte de Averanga ya marcaba un nuevo rumbo, y este rumbo tomó más fuerza y forma con la aparición de una editorial nueva en la ciudad de El Alto, una editorial que, como Yerba Mala, se formó pensando en las letras alteñas, pero lo hizo de una forma distinta. Sobras Selectas, la editorial a la que nos referimos, fue fundada por Alexis Argüello Sandoval, un librero de orígenes alteños, que, preocupándose por el estado de las letras de su ciudad, decidió emprender el proyecto de una editorial que tuviera como prioridad dar voz a nuevos escritores alteños.

Este fue un emprendimiento que se financió con sus propios recursos, que no tenía una militancia político-partidaria que guiara sus eleccio-

nes y acciones. Con sus propios recursos, Argüello financia el Concurso No Municipal de Literatura. Su primer fruto real, sin embargo, fue la publicación del compilado de crónicas alteñas *No me jodas, no te jodo* (2018), libro en el cual se daba lugar a distintas voces (con distintos tonos) que narran a la ciudad de El Alto, siendo una buena parte de esos autores habitantes alteños.

Este libro marcaría en cierto modo la esencia de esta editorial, que no pretendía la supremacía de un solo tipo de voz o tono. Sobras Selectas no negaba la identidad indígena ni su voz, la apoyaba también, pero entendía que la ciudad de El Alto era más compleja y que no se podía simplificar a través de una literatura ideologizada. Y no es que Yerba Mala Cartonera estuviera equivocada desde un principio, lo que había sucedido es que la ciudad de El Alto había cambiado: ya no era *villa miseria*, era más bien una ciudad donde sus habitantes habían podido hacerse responsables de sí mismos, llegando incluso a desear, ¿por qué no?, el lujo. Aquello se reflejaba perfectamente en lo extravagante de los *cholets* de data más reciente, en las fiestas cada vez más fastuosas; ya no era el tiempo de los libros de cartón y de material reciclable, era el tiempo de libros alteños hechos con diseños y materiales de calidad y hasta de lujo.

Los hijos del vacío

Como editorial, el proyecto de Argüello Sandoval marcaba ya una línea nueva; sin embargo, fueron los escritores que fueron apareciendo después del 2019 los que concretaron el cambio. Todos estos autores trabajan distintos géneros, pero todos tienen en común que escriben su literatura no desde lo que “debería ser”, sino desde lo que “es”, pues a partir de ello reflexionan a su ciudad y la escriben.

Lo dicho se puede ver paradigmáticamente reflejado en las palabras de una nota de prensa realizada por el periodista Daniel Quispe, a pocos días de iniciarse la primera Feria Internacional del Libro de El Alto. En dicha nota, el periodista fue soltando fragmentos de las entrevistas que había hecho a varios autores alteños, dando la ilusión de estar ya en los días de feria visitando los *stands* imaginarios de estos escritores. A continuación, cito una buena parte de dicha nota, pues en ella se ponen en diálogo las distintas opiniones que tienen estos autores (entre los que me incluyo) sobre la relación entre La ciudad de El Alto, su literatura y su identidad:

En cuanto a la identidad, para Quya Reyna, autora de *‘Los hijos del Goni’*, la identidad alteña aún está en construcción y lucha contra los estereotipos foráneos a la ciudad. Desde sus escritos se busca dejar de lado ideas como la del alteño rebelde o terrorista y presentar a una concepción más humana de los ciudadanos de esta urbe. [...]

La Cámara Departamental del Libro de La Paz tiene el plan de impregnar a la feria con la identidad de El Alto, que es lo ‘aymara’. Y precisamente eso quiere transmitir en sus afiches del evento. Ante esto, escritores como Daniel Averanga solo esperan que la feria no sea solo para proyectar una imagen idealizada y ‘bonita’ de El Alto debido a que ‘la literatura (alteña) no es para nada bonita; es una literatura que muestra la realidad tal como es’. (Quispe, 2024)

En su nota, Daniel Quispe conversa con los autores y recoge valiosas reflexiones que, por su relevancia, presentaremos casi en su integridad. Cada opinión revela que no solo hay escritores, sino que hay ya un sistema literario en ciernes.

La literatura alteña le hace frente a los estigmas y estereotipos foráneos del alteño. ‘Desde lo negativo, está el victimismo que caracteriza a algunos escritores que piensan en el concepto del buen salvaje, que acá no nos sacamos la mugre’, cuestiona Daniel Averanga.

Esa posición es compartida por otros autores como Quya Reyna, Oscar Coaquira Alí y Luis Raimundo Quispe Flores, quienes son partidarios de dejar de lado esta concepción errónea de El Alto e ir por una narrativa propia. Optar por historias comunes y propias de la sociedad alteña. ‘La narrativa que se busca construir se lo hace a partir de un escenario relacionado con El Alto’, explicó Reyna.

Por su parte, el historiador, ensayista y analista, Pedro Portugal, postula que la identidad alteña está ligada a lo aymara, a lo indígena, lo que no significa estar aferrado al pasado, sino que significa tomar a la tradición y usarla como un motor de cara a la modernidad.

¿Qué es la identidad alteña? Cada autor tiene su visión personal. Para Coaquira es denotar el pasado indígena de su gente y recrearlo en la modernidad y verse a uno mismo como heredero de una rica cultura; para Quispe Flores es mostrar la realidad del alteño a raíz de las condiciones de la ciudad; y para Reyna es una idea que aún está en desarrollo.

‘(El Alto) es un centro nuclear para nuestra forma de pensar y ser’, mencionó Coaquira.

Averanga propone superar el victimismo, porque eso contribuye a reforzar los estereotipos. Da un ejemplo con Liliana Colanzi y su cuento *Atomito*, donde él menciona que sus personajes son como El Cantinflas, El Rigucho y La India María, que representan la caricatura del aymara urbano. Critica que haya autores que usan a El Alto como un recurso exótico.

Reyna opina que el ciudadano alteño debe replantear su identidad y dejar las simbologías externas para avanzar en figuras culturales que lo representen. Por lo cual, ve en los escritos y las ramas culturales propias de El Alto una ventana para la reafirmación cultural.

Sin embargo, Averanga y Coaquira aún no ven un movimiento literario consolidado, sino que hay más autores sueltos que buscan visibilizar su trabajo. Para ambos, se requiere un largo camino para culminar en un movimiento literario propio de El Alto. ‘Hay mucha gente que es de las letras que nunca me va a leer porque soy alteño [...] van a pensar que va estar ‘El Rigucho’ y la ‘Rosita’ en mi narrativa’, señala Averanga.

Incluso, Coaquira siente que, para avanzar, el alteño debe interiorizarse con sus obras.

Ante este panorama, Reyna se pregunta si es que las ramas artísticas tienen o tendrán transcendencia en la sociedad de El Alto, ya que ella establece que si bien sus escritos han sido muy vendidos, muchos de quienes la leen no pertenecen a El Alto. (Quispe, 2024)

A los autores que se mencionan en la nota habría que añadir al poeta Fher Masi, de los poemarios *Literatura de minibús* y *Política de Dukes*, quien en una entrevista dada a la revista *El Semáforo* afirma: “Mi poesía está direccionada a vender aforismos en aymara y en castellano porque El Alto igual no es una ciudad netamente aymara, un idioma nativo que no llegó como el castellano en la época de la colonia. Una simbiosis muy interesante puede salir entre estos dos idiomas y a eso estoy apuntando” (El Semáforo, 2023).

Como parte de estos hijos del vacío puedo mencionar también a la ya consolidada nueva editorial Nina Katari, liderada por la profesora de matemáticas Briseida Nina y el sociólogo Jesús Humerez. Esta editorial, que ya ha hecho compilaciones tomando en cuenta textos de varios de los autores mencionados, entre los cuales me incluyo, se dedica a publicar libros educativos y literarios donde lo indígena juega un papel importante, aunque no ve lo indígena como un centro hacia donde todo debe confluir, sino más bien un centro de reflexión.

Esta multiplicidad de voces de los hijos de esta ciudad, El Alto, es una muestra de cómo ha evolucionado y se ha diversificado la literatura alteña, una literatura que llena el vacío que existía antes, una literatura que también da importancia a lo indígena pero no se cierra en ello.

Lo indígena y la fecunda orfandad

Por todo lo dicho hasta aquí, podemos afirmar, pues, que el vacío en su forma de orfandad identitaria y simbólica ha jugado un papel muy importante en la generación y evolución de la literatura alteña, una orfandad en especial en cuanto a lo indígena como tema pendiente a ser reflexionado. Esta conclusión nos lleva a proponer que el lugar de la literatura alteña en la literatura nacional es que esta, como ninguna otra, se ha visto y se ve comprometida con lo indígena. El alteño consciente de sus orígenes quiere reconectarse con sus antepasados, sintiéndose comprometido y/o responsable de que tal cosa se concrete. Ha decidido valerse de la palabra escrita, pero ya no lo hace como lo hicieron otros indígenas, es decir, como medio de una lucha ideológica donde primaba una especie de beligerancia y resentimiento que no le lleva a nada o que lo llevaba a ser estigmatizado o caricaturizado.

El alteño, el escritor alteño, según mi impresión, ha decidido usar la palabra escrita de la misma forma en que otros pueblos, como el aymara, quienes fueron también alguna vez ágrafos y conquistados, aprendieron a escribir. Como lo hace el alteño promedio, el escritor alteño ha dejado de lado un poco el resentimiento y el antagonismo para con su “padrastró” porque ha comprendido que este le dio la palabra escrita, la herramienta con la que está en la posibilidad de descubrir o crear, no una sino muchas formas de reconectar con una proyección a futuro que no está en riñas irreconciliables con el pasado.

Bibliografía

Avilés, M. (2024, 31 de marzo). “El Alto: una feria del libro que apunta al cielo y una profecía con mensaje para América Latina”. La Paz: *El País*. Recuperado de: <https://elpais.com/america-futura/2024-03-31/el-alto-una-feria-del-libro-que-apunta-al-cielo-y-una-profeca-con-mensaje-para-america-latina.html>

Cárdenas, C. (2007). “La construcción de la marginalidad y la representación en las poéticas hip hop alteñas”. *Revista Nuestra América*, 3 (98-111).

Cárdenas, C. (2025). “El llamado. Daniel Averanga Montiel”. *Revista de Estudios Bolivianos*, 40 (138).

Daly, T. (2024). “No me jodas, no te jodo. Crónicas escritas por y para El Alto”. *Bolivian Studies Journal/Revista de Estudios Bolivianos*, 30(387-389).

El Semáforo (2023). *La poesía boliviana de Erwin Fher Masi Perez* [Entrevista]. Recuperado de: <https://elsemaforo.cl/la-poesia-altena-boliviana-de-erwin-fher-masi-perez/>

Gonzales, M. (2021). “La literatura y sus tramas: panorama contemporáneo de la edición literaria en Bolivia”. *Gutenberg-Revista de Produção Editorial*, (1), 26–39.

Maldonado, M. (2010). “Literatura, memoria e identidad. Una aproximación teteórica”. *Cuadernos de Filología Alemana*. Anejo III, 171–179.

Postigo, M. (2022). “Guzmán Quya Reyna. Los hijos de Goni”. *Bolivian Studies Journal/Revista de Estudios Bolivianos*, 28(260-264).

Quispe, D. (2024, 6 de marzo). “La feria del libro dará brillo al auge literario alteño”. Recuperado de: Urgente.bo. <https://www.urgente.bo/noticia/la-feria-del-libro-dar%C3%A1-brillo-al-auge-literario-alte%C3%B1o>

La Nación (2015, 28 de marzo). “‘Cholets’, La Paz: Recuperado de: la nueva arquitectura boliviana, símbolo de la opulencia aymara”. *La Nación*. <https://www.nacion.com/el-mundo/conflictos/cholets-la-nueva-arquitectura-boliviana-simbolo-de-la-opulencia-aymara/7WFETMH-J4ZEY5EZVE4JKS6JUMU/story/>

Soto-Mejía, M. I. (2015). “‘Almha La Vengadora’: Protagonista del indigenismo de neovanguardia alteña”. *Bolivian Studies Journal / Revista de Estudios Bolivianos*, 21, 135-156.

Velázquez, M. (2025). “Algunos desafíos para la crítica literaria sobre el siglo XXI en/desde Bolivia”. *Revista Estudios Bolivianos*, 40 (15-20).